

Crónica de un comparendo anunciado

María Alejandra Alvarado Navarrete

Licenciada en Teología, magíster en Teología,
Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

Docente, Departamento de Humanidades,
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia.

Egresada, Diplomado en Procesos de Lectoescritura, Cohorte 18,
Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación (CRAI),
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia.

maria.alvarado02@ustabuca.edu.co



A las 8:00 de la mañana siento a mi costado izquierdo cómo vibra el celular sin parar. Alguna razón me impedía despertar hasta ese exacto momento. Tras abrir los ojos, sin tener consciencia de mi cuerpo y sin capacidad para avizorar lo que se avecinaba por el efecto de la somnolencia: veo siete mensajes y catorce llamadas en la pantalla de mi celular, ellas me indican que no era solo la alarma, soy requerida con urgencia desde hace largo tiempo por alguna razón.

Una angustia que se siente como gastritis sube por mi pecho, se convierte en un frío que me

despierta, activa mi cerebro y me recuerda: tenía clase de siete a doce de la mañana. Con ferocidad y enfatizando el tiempo pasado mi memoria me indica: ¡Debía estar allí a las siete! Pensé en mis estudiantes y acto seguido, aunque lo dudé, entré a la ducha. Lo hice porque a pesar del nunca vivido retraso era una mañana caliente. Aunque fue una ducha corta me dio tiempo para afirmar que esto no podía sucederle a una persona que siempre llega media hora antes a todos los lugares.

Sin dejar que pasara tiempo entre las acciones y dando zancadas, me vestí, tomé las llaves,



agarré mi maleta, entré al ascensor, bajé por él al sótano y subí al carro. Solo unos instantes después salí con todo el ánimo de mi conjunto, me comuniqué con una estudiante a quien, de allí en más, di instrucciones sobre qué hacer y cómo hacerlo; sin embargo, mi pensamiento no se conformaba, estaba puesto en llegar a como diera lugar de Floridablanca a mi trabajo en Bucaramanga por la autopista.

En los primeros metros transitados recordé la pregunta de mi hermana formulada la noche anterior: –¿Tienes clase mañana? Vaya audacia con la que sentencié: –“No”, y qué tranquilidad con la que dormí. De vuelta a la realidad con mis manos al volante, todo marchaba mejor, todos marchamos a un ritmo constante hasta que en Papi quiero piña los autos, los buses, las motos y las mulas se agolparon. Pensé en la nula posibilidad de hallar vías alternas, y finalmente hacia las 8:30 de la mañana vi la oportunidad y decidí lo impensable, saltarme toda norma, todo parámetro y robarle al carril de Metrolínea su exclusividad. Lo hice y todo el camino conversé conmigo justificándome, pero no terminé de convencerme.

Corría como raudo rayo hasta que hacia las 9:20 de la mañana en punto, a la altura de la 21, en el semáforo de San Andresito la Isla aparecieron ellos con botas negras, camisas azul celeste, chalecos de malla, gorras negras, pitos y esa presencia que se impone y apabulla. Desafortunado encuentro con los tres, los famosos e impopulares alféreces o chupas como los conocemos en Bogotá. ¿Por qué me sorprendía? Si sabía que en cualquier momento se harían los encontradizos; sin embargo, me hicieron trampa porque siempre los había ubicado por el puente de Provenza.

Uno de ellos hizo algo que me pareció imprudente al poner en riesgo su propia vida, sobre todo porque yo iba rápido: se me atravesó. Frené en seco, mientras el alférez se me acercó gritando –“No se me va a ir, no se me va a ir, no se me va a volar”. Me saturó con sus gritos y sentencié: –¡No me voy a volar! Me sorprendió lo que decía

porque ni siquiera la tardanza, la consideré razón para desatender el pare que me hizo el chupa.

Quien no se detuvo el día de ayer 5 de julio de 2023 en Bucaramanga fue Daniel Ibáñez. Iba volando en su moto por el carril de Metrolínea, se le atravesó el alférez, pero él decidió no parar. Por alguna razón el uniformado lanzó un cono que, al impactar la humanidad de Daniel, lo llevó a perder el control de la moto, esta acción no solo detuvo a la fuerza su carrera, también terminó con su vida.

Ese lunes 17 de abril de este año, sin mediar más palabra, al verme obligada a parar, se detienen también mis justificaciones, mi carrera, mi miedo de ser atrapada, y se activa la vergüenza conmigo, con los alféreces y con los demás conductores quienes no dudaron en dejarme a su paso gritos de celebración: –¡Bien hecho!, ¡Si ve, ¿Quién la manda? Por supuesto, no me felicitaban, se regocijaban del acto público de justicia que se surtía en ese momento.

Sin argumento para establecer un alegato, con la mirada gacha y consciente de mi falta, entregué los papeles que me acreditaban como propietaria del vehículo e indicaban que todo estaba en regla. Mientras que el alférez los revisaba, persistía en decirme que no me fuera a volar. Al fin, acaeció lo impensable, a las 9:40 según indica el comparendo me parten y me anuncian la inmovilización. A esta última noticia se suma el hueco en el estómago a causa de la pena y debo confesar también del hambre. En ese instante sentí un fino hilo de agua que, al descender por mi nuca, recorría mi espalda y me indicaba que todo estaba consumado.

Hasta las 10:25 asesoré a mis estudiantes por celular, comuniqué a una amiga lo sucedido, de ella recibí no solo consejo, sino la promesa de ayuda: vendría en su moto a ayudarme a pagar el parte y sacar el carro de los patios. Hasta que a las 10:30 hora fatal, se acerca el alférez, me anuncia la llegada de la malvada y justiciera máquina, esa a la que voluntariamente subo al que es mucho

más que un auto gris. La grúa se lleva a mi fiel compañero. Vi cómo lo aseguraban, y nunca la suma del horizonte y la distancia me dolieron tanto porque no se lo llevaban, lo dejé ir, lo entregué a otras manos.

Corrí hacia mi trabajo con el casco que había sacado del vehículo en las manos y con todas las cosas importantes que en su interior había

sobre mi espalda. No solo cargaba la maleta pesada, sino el peso de la tardanza, del dinero desperdiciado, de la culpa y del “ya no hay nada que hacer”. Finalmente, llegué a las 11:00 a.m. y nunca el sudor me molestó menos, me cambié rápidamente y las sonrisas de los estudiantes al recibirme con sendos entregables, dignos de la educación autónoma, me hicieron sentir feliz.

